

La fiesta de cada día en Copacabana

El estadio olímpico de voley playa es un lugar divertido y atronador donde el público, sobre todo el brasileño, disfruta comandado por unos locutores forofos

■ JON AGIRIANO



RÍO DE JANEIRO. Alguien dijo que si el voley playa no nació en Copacabana –las primeras referencias escritas sitúan su nacimiento en Uruguay en 1914, aunque el

juego comenzó a popularizarse en California–, fue porque eligió el sitio equivocado. Es muy probable. Y es que en los Juegos de Río el voley playa parece encontrarse en su santuario original, en el lugar sagrado de donde procede y donde mejor se

le venera. Para su consagración ante los ojos del mundo se ha montado un espectacular estadio en la playa de Copacabana, frente al hotel Windsor Atlantic. Tiene capacidad para 12.000 personas y una altura de sesenta metros. Está hecho sobre una estructura gigante de mecanotubo y se desmontará por completo en septiembre, después de los Juegos Paralímpicos.

Sin duda, se trata del punto de encuentro más excitante de la cita sudamericana. Desde lo alto del estadio, en la tribuna de prensa, bajo el sol, es imposible no quedarse observando las olas rompiendo en la playa y una de las islas Cagarras, recordada al fondo. Un destructor de la Armada brasileña, que estará fondeado en la zona durante dos meses, rompe un poco la armonía, pero su presencia se acepta como algo natural, un signo de los tiempos. Además, por mucho que se quiera, en el estadio de voley playa de Copacabana es imposible sostener la atención en el paisaje. Y es que, en su interior, se vive cada día una fiesta muy particular, a medio camino entre la juerga de chiringuito y la discoteca after hours, un pequeño carnaval donde lo primero que se profana, de una forma divertida, es el estricto espíritu olímpico. Digamos que el voley playa es, desde su aparición más o menos tímida en Atlanta, el hijo calavera y cachondo que les ha salido a los deportes tradicionales de los Juegos.

Si la fiesta nunca decae sobre la arena, hay días en los que el mercurio sube al máximo. Sucedió ayer mismo, por ejemplo, cuando pasadas las once de la mañana se asistió a un duelo Brasil-Argentina. Ya saben lo que es eso, sea cual sea el deporte. Se enfrentaban las locales Agatha Bednarczuk y Bárbara Seixas, campeonas del mundo en 2015, contra Gallay y Klug. El estadio estaba casi lleno y el ambiente prometía. Había algunos argentinos en las gradas con sus banderas y sus camisetas albicelestes, pero la torcida estaba en casa, era mayoría absoluta y, por supuesto, estaba dispuesta a pasar el rodillo.

Lo iba a tener fácil porque, además, contaba con el apoyo entusiasta de los speakers del estadio, un trío



Choque de culturas. La egipcia Elhobashy vistió la hiyab en su duelo ante Alemania. Copacabana se convierte en una 'discoteca'. ■ REUTERS Y AFP

